

de excitarle por orgullo á que hiciese el recuento de su pueblo, lo cual costó la vida á setenta mil hombres en tres dias de epidemia ¹? ¡Tal fué entónces tu celo por Israel; y ese es el que afectas hoy por mí! En cuanto á esas tribus cautivas, ellas mismas labraron su desgracia, pues abandonaron á Dios para adorar el becerro de oro, los ídolos de Egipto, Baal y Astarot, y los de todos los pueblos vecinos. Además de esto imitaron sus crímenes, que excedían en perversidad á los de otros pueblos paganos; no habiendo implorado con arrepentimiento al Dios de sus padres, murieron impenitentes, dejando una raza que se les asemeja, que no se distingue de los Gentiles sino por una vana circuncision, y que rinde á Dios un culto confundiéndole con los ídolos. ¿Cómo he de pensar en devolver su independencía á esas tribus, que una vez libres volverían sin vacilar, sin humillarse, sin arrepentimiento y sin conversion, á buscar sus dioses de Bethel y de Dan, como un antiguo patrimonio? No; que sigan esclavizadas por sus enemigos, puesto que adoran ídolos con su Dios. Sin embargo, es posible que al fin (Dios sabe cuándo), acordándose de Abraham, se inclinen á un arrepentimiento sincero por alguna vocacion milagrosa; y que se abran paso á través de la multitud de Asirios, cuando se dirijan alegres y presurosos á su país natal, así como en otro tiempo cruzaron sus padres el mar Rojo y el Jordan al encaminarse á la tierra prometida. Yo abandono su porvenir á la Providencia.»

Así habló el verdadero Rey de Israel, contestando con dulzura al Enemigo, de un modo que burlaba todos sus artificios, como sucede siempre cuando con la verdad se combate la falsa.

(1) Habiendo mandado David verificar un censo de la poblacion de Israel, llevado de un sentimiento de vanidad, irritóse el Señor, y á fin de castigarle, dióle á escojer entre el hambre, la persecucion de sus enemigos ó la peste. David eligió esta última, y en tres dias perecieron setenta mil personas.

LIBRO CUARTO

ARGUMENTO

Persistiendo Satan en tentar á nuestro Señor, muéstrale la imperial ciudad de Roma en el apogeo de su pompa y esplendor, como potencia que pudiera preferir á la de los Partos; y dice que con la mayor facilidad podría expulsar á Tiberio, devolver á los romanos su independencía, y hacerse dueño, no solo del imperio, sino tambien de todo el mundo, incluso el trono de David. El Salvador contesta, manifestando su desprecio por el poder y las grandezas mundanas; censura la pompa, la vanidad y el libertinaje de los romanos; demuestra cuán poco merecen recobrar la libertad que habian perdido por su mala conducta; y termina refiriéndose á la grandeza de su propio reinado futuro. Desesperado Satan, y para encarecer el valor de sus dones, declara que únicamente los otorgará á condicion de que Jesús se prosterne ante él y le rinda culto. Nuestro Señor manifiesta su indignacion con firmeza, aunque moderadamente, al escuchar proposicion semejante; y reprende con severidad al Tentador, diciéndole que está condenado para siempre. Humillado Satan, intenta justificarse; apela despues á otro género de tentacion, y proponiendo á Jesús el premio de la sabiduría y del talento, muéstrale el celebrado templo de la antigua literatura. Atenas, sus escuelas, los ilustres maestros y sus discípulos, haciendo al propio tiempo un encomiástico panegírico de los músicos Griegos, poetas, oradores y filósofos de las diferentes sectas. Jesús le contesta demostrando la vanidad é insuficiencia de la decantada filosofía gentílica, y manifiesta preferir á la música, poesía, elocuencia y didáctica poética de los Griegos, la de los inspirados escritores Hebreos. Irritado Satan al ver defraudadas todas sus tentativas, censura la inconsideracion de nuestro Salvador en rechazar sus ofertas; y prediciéndole los padecimientos que debe sufrir, despues de ridiculizar su esperado reino, condúcele de nuevo al desierto, dejándole allí. Llega la noche: el Enemigo hace estallar una espantosa tormenta, procurando, además, alarmar á Jesús con tremendos sueños y terribles espectros, que sin embargo no causan impresion alguna en el Salvador. Una hermosa y serena mañana sucede á los horrores de la noche: Satan se presenta de nuevo á Jesús, y refiriéndose particularmente á la tempestad de la víspera, toma motivo una vez más para ultrajarle, enumerando las penalidades que debe sufrir. Nuestro Señor se limita á reprenderle; y entónces, en el colmo de la desesperacion, el Enemigo confiesa que habia vigilado con frecuencia á Jesús desde su nacimiento, expresamente para descubrir si era el verdadero Mesías; y que coligiendo que probablemente lo seria, por lo acontecido en el Jordan, habiale seguido desde entónces más asiduamente, con la esperanza de alcanzar alguna ventaja sobre él, lo cual probaria hasta la evidencia que no era en realidad la Divina Persona destinada á ser su «fatal enemigo.» Reconoce que hasta entónces ha sido completamente derrotado; pero que está resuelto á someterle á una prueba más. Así diciendo, le conduce al templo de Jerusalem, y colocándole en la punta de la más elevada torre, le intima á que pruebe su divinidad, bien sosteniéndose allí, ó precipitándose sin sufrir daño alguno. Asombrado Satan, y confundido al ver que Jesús permanecía inmóvil, cae de pronto, y reaparece entre sus infernales cómplices, á quienes da cuenta del mal éxito de su empresa. Los ángeles, entretanto, conducen á nuestro Señor á un hermoso valle, y mientras les sirven celestiales manjares celebran su victoria con un himno de triunfo.

Perplejo y turbado por el mal éxito de su tentativa, el Enemigo permanecía inmóvil, sin que su artificioso espíritu le dictase contestacion alguna, despues de haber sido descubierto su engaño, y tantas veces defraudadas sus esperanzas. Aquella persuasiva retórica que dulcificaba su lenguaje, cuando tan fácilmente sedujo á Eva, parecía faltarle entónces y haber perdido toda su fuerza. Bien es verdad que Eva no era más que Eva. El que habia dominado á esta con su gran superioridad, veíase á su vez burlado y sorprendido, por no haber sabido apreciar mejor de antemano la fuerza que trataba de combatir y la suya propia. Semejante al hombre que, habiendo sido considerado ántes como sin igual por su destreza,

se vé eclipsado en la ocasion en que ménos lo esperaba, y que á fin de salvar su honor, y contra todas las probabilidades de triunfo, quiere aún medirse con quien le ha vencido, sin poder confesar su derrota, aunque aumente con esto su bochorno; ó cual otro enjambre de moscas, que en la época de la vendimia se lanza sobre el lagar de dónde corre el dulce líquido y vuelve despues mosconeando; ó tal, en fin, como las olas que se levantan contra la dura roca, y aunque se estrellan todas, repiten sus acometidas inútilmente, resolviéndose en espuma ó vapor; así Satan, despues de recibir negativa sobre negativa y de verse reducido á un humillante silencio, no cede sin embargo; y aunque desesperando del éxito, renueva sus vanas tentativas.

Para ello transportó á nuestro Salvador á la vertiente occidental de aquella elevada montaña, desde dónde se podía ver otra llanura bastante larga; pero no muy ancha, bañada por el mar del mediodia, y terminada en el lado del norte por una cadena paralela de colinas, que protegían los productos de la tierra y las moradas de los hombres, de los frios vientos del septentrion. En el centro deslizábase un rio en cuyas dos orillas se elevaba una imperial ciudad, con torres y templos, que se destacaban orgullosamente sobre siete pequeñas colinas ornadas de palacios, pórticos, teatros, baños, acueductos, estátuas, trofeos, arcos de triunfo, jardines y bosquecillos. Aquel espectáculo se desplegaba á los ojos de Jesús á pesar de las altas montañas que debían ocultarle (por qué extraño paralaxe, ó ilusion óptica, multiplicada á través de los aires ó por los cristales de un telescopio, averígüelo el curioso lector); y el Tentador rompió el silencio con estas palabras:

«La ciudad que véis no es otra sino la opulenta y gloriosa Roma, la reina del mundo, cuya fama se extiende á lejanos países, y que se ha enriquecido con los despojos de las naciones. Ahí véis el soberbio Capitolio, que domina sobre todos los demás edificios desde lo alto de la roca Tarpeya, esa ciudadela inexpugnable; allí está el monte Palatino, palacio imperial, vasto recinto, edificio soberbio, obra maestra de los arquitectos más ilustres, que brilla á lo léjos por sus doradas almenas, sus torres, sus terrados y esplendentes pirámides. No léjos de él, elévanse magníficos palacios, semejantes más bien á las moradas de los dioses; y he dispuesto mi aéreo microscópio de tal manera, que puedas ver por dentro, y exteriormente, sus columnas y bóvedas, ricamente cinceladas por mano de los más célebres artistas, labradas en cedro, mármol, marfil y oro. Dirige ahora tus miradas del lado de las puertas, y verás qué multitud entra y sale: son pretores, procónsules, que vienen de sus provincias ó vuelven á ellas; visten la toga bordada de púrpura, y van acompañados de los lictores, que ostentan la segur, insignia de su dignidad; de cohortes, legiones y brillantes ginetes. Aquellos que pasan por la via Apia ó la via Emiliana, y visten diverso trage, son embajadores que llégan de remotos países: vienen los unos de las últimas regiones australes, de Siena, de Meroé, de la isla de Philæ, cubierta de sombra por ambos lados; ó más al occidente, del reino de Baco¹, hasta el lago de Libia. Otros son enviados por los reyes de Asia y por el de los Partos; llegan de la India, del Quersoneso de Oro² y de la isla de Trapobana³, situada más allá de aquel país; su cútis es bronceado, y cubren sus cabezas turbantes de

(1) Egipto.

(2) La actual península de Malaca, en el Asia oriental.

(3) La isla de Ceilan.

blanca seda; otros proceden de la Galia, de Bretaña, de Gades, del país de los Germanos, del de los Escitas y de los Sármatas, que habitan desde más allá del norte del Danubio hasta el Quersoneso Táurico¹. Todas esas naciones, sometidas actualmente á Roma, prestan obediencia á su poderoso emperador, que por sus vastos dominios, sus riquezas y poderio, su civilizacion, su progreso en las artes y el valor guerrero de sus súbditos, pudiera ser á tus ojos preferible al rey de los Partos. Exceptuando estos dos imperios, todos los demás pueblos son bárbaros, apénas dignos de fijar en ellos la atencion, pues obedecen á principes poco poderosos, que se hallan demasiado léjos; al mostrarte esos dos grandes imperios, te enseño todos los reinos de la tierra y toda su gloria. El emperador romano no tiene hijo alguno; es de edad avanzada, viejo y libertino². Se ha retirado de Roma para vivir en Caprea, pequeña isla, aunque de difícil acceso, situada cerca de las orillas de la Campania, donde se propone entregarse secretamente á sus desenfadadas pasiones. Confiando á un perverso favorito los asuntos públicos, aún cuando de él sospeche, aborrece á todo el mundo y es de todos aborrecido. ¡Cuán fácil te sería, dotado como estás de régias virtudes, dándote á conocer, é inaugurando tu carrera con grandiosas hazañas, expulsar á ese mónstruo de su trono, convertido ahora en inmundo lupanar, y sustituirle en el sólio, librando de su vergonzoso yugo á un pueblo triunfante! Y con mi apoyo te es dado conseguirlo, pues yo tengo el poder de hacerlo, y te lo cedo á tí. Aspira, pues, al imperio del mundo entero; aspira á cuanto hay de más elevado, que si no lo alcanzas con el supremo dominio, no llegarás á sentarte en el trono de David, ni permanecerás en él largo tiempo, por mucho que hayan dicho los profetas.»

El Hijo de Dios le contestó con calma: «Toda esa grandeza y magestuoso aparato de riquezas y lujo, que llaman magnificencia, lo mismo que esa ostencion guerrera que ántes me mostraste, no seducen mis miradas ni mucho ménos mi corazon. Tambien hubieras podido hablarme de sus banquetes suntuosos, de sus espléndidos festines, de sus desenfadadas orgías, de sus mesas de madera de limonero ó de mármol del Atlas, pues yo tambien he oido, ó acaso leído algo de esto; de sus vinos de Setia, de Cales, de Falerno, de Chio y de Creta; de sus copas de oro y de cristal, bañadas en mirra, guarnecidas de piedras preciosas y engastadas en perlas; detalles todos interesantes para cualquiera á quien acosare el hambre ó la sed. Elogias además á esos embajadores, enviados por naciones lejanas ó vecinas: ¡qué honor, pero tambien, qué fastidio! ¡Qué enojosa pérdida de tiempo el sentarse en un trono para escuchar tantas vanas y mentidas lisonjas, tantas alabanzas extravagantes! Despues me hablas del Emperador, á quien se podría vencer fácilmente, y cuya derrota me cubriría de gloria; dices que debo expulsar á ese mónstruo cruel; pero ¿no sería necesario hacerlo al propio tiempo con el demonio que lo ha convertido en tal? Sirvale su conciencia de verdugo: no he sido yo enviado para destronarle, ni tampoco para libertar á ese pueblo, victorioso en otro tiempo, vil y humillado ahora, que merecido tiene su servilismo; que ántes justo, frugal, humilde y moderado, conquistó gloriosamente, pero gobernó mal las naciones sometidas á su yugo, despojando á las provincias para satisfacer su sed de rapiña ó sus dispendiosos placeres. Esos romanos, poseidos primero de la ambicion del triunfo, orgullosa é insultante pompa; y feroces luego por haberse acostumbrado á ver correr en sus circos la sangre de las fieras que

(1) La península de Crimea.

(2) Era este Tiberio Claudio Neron, que á la sazón contaba unos 74 años.